atiende á esta señal: un extranjero, con la vista fija en el ancho remo que tendrás en la mano, se presentará ante tí, y dirá que llevas al hombro un bieldo. Cuando esto oigas clava el remo en tierra; ofrece á Poseidon en aquel mismo lugar el sacrificio de un carnero, un verraco y un toro, deja allí tu remo, y parte. De vuelta á tu palacio, haz que corra en honor de las olímpicas deidades, sin olvidar á ninguna, la sangre de preciosas hecatombes, y entónces habrás al fin aplacado á Poseidon, y la muerte, al sumirte léjos del mar en sosegado sueño, cortará suavemente el hilo de tu vida, despues de dilatada y dichosa vejez, dejando á tu pueblo en la prosperidad y la ventura. Este oráculo es dictado por la verdad misma.

»—Cúmplanse en mí los decretos de los dioses, dije. Pero estoy viendo ¡oh Tiresias! la sombra de mi madre inmóvil y muda junto al hoyo, sin que dirija una palabra á su hijo, ni levante hacia él sus miradas. Díme, ¡oh divino profeta! ¿qué medio emplearé para que me conozca?

»—Vas á saberlo: la sombra á quien permitirás acercarse á esa fosa y beber de esa sangre, te conocerá en seguida y contestará á tus preguntas. La que tú rechaces se desvanecerá en la profunda noche.

»Dados estos luminosos oráculos retiróse la sombra y se perdió entre las tinieblas de la morada de Hades.»

Anticlea toca con sus labios la sangre de las víctimas, y al conocer á su hijo se admira de que haya podido llegar al sombrío imperio.

«—Madre, le dice Ulises, el exceso de mis males me ha obligado á venir á la region de los muertos para consultar á la sombra de Tiresias. Errante de playa en playa, siempre llevado de infortunio en infortunio, no he pisado las riberas de mi isla natal ni de la tierra griega desde el instante aquel en que, siguiendo á Agamenon, marché á combatir á la soberbia Troya. Pero díme, yo te lo ruego, ¿quién te ha precipitado á la noche eterna del infierno? ¿Han sido las angustias de largas dolencias, ó bien Artemis con sus saetas de rápido é invisible vuelo cortó la trama de tus dias? Háblame de mi padre, el buen anciano Laertes, y del hijo que dejé en mi palacio. ¿Viven aún? ¿Hállanse en posesion de sus bienes ó se ha atrevido algun malvado á despojarlos? ¿Me aguardan todavía, ó han perdido ya la esperanza de verme de regreso? Manifiéstame, ademas, lo que piensa y siente mi esposa. ¿Está unida á aquel hijo con estrecho lazo? ¿vela por la conservacion de mi patrimonio, ó ha dado quizas su cariño y su mano á algun ilustre príncipe de Grecia?

»—La constancia de tu esposa, contesta la venerable sombra, con nada pudo ser vencida. Sin traspasar los límites de tu palacio, sus dias y sus noches, formando interminable cerco de dolores, pásalos llorando. Miéntras duró mi vida nadie había usurpado tus bienes; Telémaco, tan mozo como es, dirige ya la labranza de tus tierras, y por el cielo formado para ser rey y juez supremo, toma parte en los festines del pueblo, y tienen todos á señalada honra admitirle en ellos. Tu padre no entra ya en la ciudad; entregado á la afliccion, pasa oscura existencia en el campo, habiendo renunciado á todas las comodidades. Para él nada de soberbias alfombras, ni de magníficos abrigos, ni de ricas vestiduras; áun en el rigor del invierno no tiene más lecho que el suelo, donde se tiende junto al fuego, envuelto en ruin manto y rodeado de sus esclavos. Cuando llegan los templados dias del estío y del otoño, fórmanle debajo de un parral, en medio de sus fértiles viñedos, una humilde cama con las hojas de que está sembrada la tierra, y en ella gime y se desconsuela; su pena se aumenta á cada instante que pasa sin saber lo qué es de tí, y la vejez importuna agrégase para él á tanta afliccion. Esto sucedía cuando llegó para mí el término de la vida; las flechas de Artemis, muerte afortunada, no me precipitaron al sepulcro; tampoco enfermedad alguna, como es suerte en los hombres muy comun, separó mi alma de un cuerpo lentamente consumido, no; los continuos suspiros, el incesante llanto que te consagraba ¡oh Ulises querido! mis punzantes temores acerca de tu destino, la memoria siempre viva de tu alma noble y cariñosa, me privaron al fin, despues de prolongados tormentos, de la tan deseada luz del dia.

»...Enviadas por la terrible Perséfona y por ella aguijoneadas, acuden las sombras de las esposas é hijas de los más ilustres héroes, y se empujan al rededor de la sangrienta hoya. Cumpliendo el mandato de Tiresias, dice Ulises, brilla la espada en mi mano intrépida y no les permite beber la sangre de las víctimas todas á la vez sino sucesivamente, y puedo con sosiego interrogarlas, sabiendo por ellas mismas su orígen y los sucesos famosos de su existencia.» (Homero).

Tiro, hija del terrible Salmoneo, Antíope, Alcmena, madre de Heracles, la infortunada Epicaste, madre de Edipo, la hermosa Cloris, Leda, Ifimedea, de la que nacieron los gigantes Oto y Efialtes, Fedra, Procris, Ariadna, Mœra, Climene y la odiosa Erifila, que por un collar de oro vendió á su esposo, y otras y otras que el poeta no nombra, fueron saliendo del Erebo y pasaron por delante de Ulises, refiriendo los principales acaecimientos de su vida, que nos son ya conocidos. Á las almas de las esposas é hijas de héroes suceden, por órden de la casta Perséfona, la sombra imponente de Agamenon [1], las de Aquiles y Ayax, hijo de Telamon, las de los réprobos y, finalmente, la del formidable Heracles.

«Deseoso de ver pasar las sombras de otros héroes pertenecientes á aquellas remotas edades, dice Ulises, permanezco inmóvil; quizas habríanse presentado á mis ojos las de Teseo y su amigo Piritoo, ilustres descendientes de los dioses; pero á mi alrededor se reune y

[1] Véase tomo I, pág. 639.

empuja la innumerable multitud de los muertos, llenando el infierno con tristes aullidos y terribles clamores. Estremecido de espanto, siento que el horror hiela mi sangre y temo que, enviada por Perséfona desde el fondo del Erebo, hiera mi vista la terrible cabeza de la Gorgona. Con rápido paso me encamino á la nave; mis compañeros me siguen, y obedeciendo mis órdenes, ocupan los bancos; numerosos remos la imprimen movimiento y direccion; levántase un viento favorable, y sostenidos por las movedizas olas, atravesamos el gran rio y penetramos en el majestuoso imperio del mar.»

Vuelve la nave á la isla de Ea, y parte de la tripulacion, por órden de Ulises, se dirige al palacio de Circé, de donde regresó con el helado cadáver de Elpenor.

«Cortada la leña necesaria para la pira y erigida ésta en el punto más elevado del cabo que se avanzaba mar adentro, tributamos á la sombra de nuestro compañero los últimos honores entre llanto y sollozos. Consumidos por las llamas su cuerpo y su armadura, le dimos por sepulcro una coluna en cuyo remate colocamos su remo.

»Llenando estábamos estos piadosos deberes, cuando Circé, sabedora de nuestro regreso, se embellece con sus brillantes atavíos, y vuela á la playa. Sus ninfas, que la siguen, nos traen los dones de Céres, varios manjares y purpúreo vino.

»Avanzó la diosa por entre nosotros, y con generosa compasion, nos dijo:

»—Vosotros que habeis descendidos vivos á la mansion de Hades, y contra la ley comun de los mortales estais destinados ¡infelices! á ser por dos veces víctimas de la muerte, gozad ahora de sosiego y calma. Haced durar todo el dia el festin y reanimad vuestras fuerzas; mañana, al asomar la aurora, volveréis al imperio de las olas. Yo misma os indicaré el camino, y para libraros de las desgracias á que podría precipitaros fatal imprudencia, os advertiré de los peligros que por tierra y por mar os amenazan.

»Dijo, y segun su voluntad, nos entregamos al placer del festin; la carne de las víctimas humea y corre el exquisito jugo de la vid hasta que llega el sol al horizonte. Al desaparecer, luego que reina sobre la tierra la noche, gozan mis compañeros, junto á la nave, de tranquilo sueño; pero Circé, tomándome de la mano, me separa de ellos, y sentándose á mi lado, quiere que le haga fiel relato de nuestro viaje á la mansion de los muertos. En seguida me dijo:

»—Graves peligros has corrido, pero han pasado ya; oye ahora con atencion los que te aguardan todavía. Quieran los dioses que conserves vivo el recuerdo de lo que voy á decirte.»

Y la diosa, despues de prevenirle contra la triste suerte que podía caberle cediendo á los cantos de las fascinadoras Sirenas [1] y al pasar entre los monstruos de Scila y Caríbdis [2], continuó así:

«—Abordarás luego á la isla Trinacria, en cuyos prados pacen los siete rebaños de Helios, compuestos cada uno de cincuenta novillas é igual número de ovejas de perfecta belleza. Su raza no aumenta ni disminuye, y goza de eterna juventud. Son las zagalas dos divinidades, la hermosa Faetusa y la gentil Lampecia, nacidas ámbas de los amores de la diosa Neera con la brillante deidad cuyo carro camina sobre nuestras cabezas. Despues de criarlas consintió su madre en apartarlas de su lado y en establecerlas en la isla de Trinacria para que cuidaran vigilantes de los rebaños de su padre. Respetadlos, y podréis abrigar seguridad de que volveréis á Itaca á pesar de los infinitos contratiempos que os esperan; pero si á tanto llegase vuestra audacia que derramaseis su sangre, te vaticino desde ahora el naufragio de tu nave y de todos tus amigos, y si de él puedes tú solo librarte, transcurrirán años y años ántes que pisen tus plantas los umbrales de tu morada; afligido, agobiado de desdichas, no tendrás á tu lado á ninguno de tus compañeros.»

»Luego que hubo dicho Circé estas palabras, presentóse la Aurora en su brillante carro, y al tiempo que se retiraba aquella á su palacio, dirigióse Ulises á la playa, donde excitó á los suyos á embarcarse y á soltar los cables. En un momento colocáronse ordenadamente en los bancos; hundieron los remos las olas blanquecinas, y la nave, impulsada por favorable viento, alejóse veloz de la para ella hospitalaria costa.

Ulises dejó á Circé en cinta; el fruto de su enlace fué para algunos mitólogos un varon, por nombre Agrios, segun unos, Latino, segun otros; pero la opinion más comun es que fué hembra y se llamó Casifonia.

Referida queda la singular estratagema con que Ulises, por consejo de la diosa, pudo librarse del avasa-

Fig. 682.—Ulises y las Sirenas. (Pintura de un jarro. Museo Británico).

llador encanto que en todos ejercía el mágico acento de las hermosas Sirenas [3].

«Al dejar en lontananza la funesta isla, sigue refiriendo Ulises, ven de pronto mis ojos una negra humareda; las olas se hinchan, y agita el aire ronco y

[1] Véase tomo I, pág. 462.
[2] Véase tomo I, pág. 452.
[3] Véase tomo I, pág. 462.

espantoso estruendo. Caen los remos de las manos de mis compañeros y el bajel queda inmóvil. Con reconvenciones, con ruegos trato de reanimar el valor de mi gente, y les digo:

»—Amigos, hasta ahora no ha habido contratiempo que haya abatido nuestro probado valor, y el que en este momento nos amenaza no es, ni con mucho, el mayor que hemos experimentado. ¿Habeis olvidado al Cíclope que, dotado de fuerza no domada, nos tuvo encerrados en su antro? y sin embargo, mi prudencia, mi astucia é intrepidez os sacaron con bien del terrible trance. Lo mismo pasará ahora, y dia vendrá, seguro estoy de ello, en que con gusto haréis memoria de estos nuevos peligros. Atended á lo que voy á deciros y no os aparteis un punto de mis órdenes. Vosotros, remeros, empuñad de nuevo el remo, y con infatigable brazo romped las encrespadas olas; quizas Zeus otorgue á vuestros esfuerzos la vida de todos nosotros. A tí, piloto, en cuya mano está el gobernalle, mándote dirigir la nave léjos de esa roca, de ese humo y de esos remolinos; fija tu mirada en la peña inmediata, procura acercarte á ella; evita esas rápidas corrientes que sin remision te arrastrarían, siendo tú triste causa y fatal instrumento de la perdicion de todos tus compañeros.

»Con ardor obedecen todos mi voz, miéntras que, olvidado de lo que Circé me dijera, cúbrome con mi brillante armadura y blandiendo dos largos venablos, me encaramo al extremo de la proa. Firme allí, espero y reto al monstruo morador de la peña, mas no parece, y en vano se fatigan mis ojos buscándole en todos los ángulos de la sombría caverna. Con la angustia en el alma entramos en el angosto canalizo; por un lado nos amenaza Scila, por el otro Caribdis traga las olas con fragor horrendo. Al vomitarlas, el mar, agitado en dilatada circunferencia como el agua de una cuba puesta en ardiente brasero, hierve con terrible rumor, salta por los aires y baña de espuma la cima de ámbas peñas. Pero al tragarla otra vez, todo aquel mar agitado se entreabre, ruge al rededor de la roca, y deja que los ojos penetren en el inmenso abismo y vean la negra arena de su fondo.

»El temor de la muerte mantenía fijas nuestras miradas en Caribdis cuando de pronto Scila arrebata de los bancos de la nave á seis de los más fuertes y esforzados guerreros. Vuelvo los ojos, y aún pude verlos ¡infelices! moviendo en el aire brazos y piernas; su voz que pronunciaba mi nombre é imploraba mi auxilio, llegó ¡ay! por vez postrera á mi oido. Del mismo modo que en el extremo de saliente peña astuto pescador, armado de larga caña, tira al mar el cebo engañador con el anzuelo, y á poco, arrancando de la líquida mansion á uno de sus más lozanos moradores, lo arroja, víctima palpitante, en la arena de la playa, así el monstruo arrebata á mis compañeros y los deja caer junto á su antro. Allí los devora; los desdichados, en su cruel agonía, lanzaban lúgubres lamentos, y tendiendo hacia mí los brazos, invocaban mi auxilio. De cuantos espectáculos han causado horror á mis ojos en mis largas y funestas excursiones ninguno como aquel tan lastimoso.

»Libres al fin de aquellas rocas y de los monstruos que en ellas moran, nos acercamos á la afortunada isla del Sol, donde en sosiego pacían hermosos hatos de novillas y ovejas, consagrados á la divinidad que viaja por el cielo. Aun en medio del mar, resuenan agradablemente á mi oido los mugidos y balidos del ganado, y entónces despiértase en mí la memoria del divino Tiresias y de la diosa Circé, quienes, con vivas expresiones, me exhortaron á evitar la isla del dios que ilumina á los mortales.

»—Amigos mios, dije á mi gente con el corazon oprimido de pesar; vosotros, que tantas desgracias habeis padecido, no desoigais mi voz. Sabed que los oráculos de Tiresias, lo mismo que los de Circé, me han ordenado huir de la isla del dios que es antorcha del universo; abordar en ella sería nuestra perdicion. No vacilemos, pues, y llevemos la nave lejos de esa funesta costa.

»Al oirme, el valor los abandona y la desesperacion se apodera de sus corazones. Euríloco se levanta, y dejándose llevar de su enojo, dice:

«—Ulises implacable, ¿nunca has de verte saciado de azares y trabajos? La fatiga es para tí desconocida, pues te ha dado el cielo un cuerpo de hierro. Miras á tus compañeros extenuados de cansancio y sueño y tratas de impedirles sentar el pié en las riberas de esa isla, donde el reposo y algun alimento reanimarían su decaido vigor, siendo tu voluntad que huyan del halagüeño asilo para continuar, por entre las tinieblas, su vaga carrera por el imperio del mar. De la noche nacen los más terribles huracanes; durante ella naufragan las naves. Si nos asalta una tempestad, si nos embisten el ábrego ó el furioso viento de occidente, que destruyen en un instante una armada, áun á pesar del querer de los dioses, para muchos de nosotros será llegada la hora postrimera. Respetemos, pues, las nocturnas sombras; tomemos algunas horas de descanso durmiendo junto á la nave, y mañana, al despuntar el alba, proseguirémos nuestro azaroso viaje por los vastos mares.

»Dijo, y todos en alta voz aplaudieron, con lo que bien conocí que por un dios estaba nuestra perdicion resuelta.

»—Euríloco, dije, os poneis todos contra mí, y ceder es fuerza; pero ántes de abordar á esa isla, comprometeos con inviolable juramento á que, en caso de encontrar á vuestro paso ganado, no habeis de inmolar ni una sola becerra ni una sola oveja, contentándoos, sin alterar la paz de esas riberas, con los víveres que con nosotros traemos, presente de la inmortal Circé.

»Cumpliendo mi deseo, prestan todos el pedido juramento, y penetramos en seguida en el recinto circular del puerto; brotaba en la playa clara y murmuradora fuente, y á poca distancia varamos la nave. Mis compañeros saltan á tierra y preparan la comida; reaniman sus postradas fuerzas, y entónces sienten más vivo el doloroso recuerdo de los amigos arrebatados por Scila cruel y á su vista devorados. Aún corrían abundantes sus lágrimas, cuando el sueño cerró sus cansados párpados.

»Había andado la noche las dos terceras partes de su carrera y los astros, avanzando por la celeste bóveda, estaban próximas á desaparecer, cuando el dios del trueno, el supremo Zeus, concitó terrible tempestad; reinan en el aire los impetuosos huracanes; densas nubes envuelven la tierra y las aguas; desciende del cielo espantosa oscuridad que aumenta más y más el horror de las tinieblas. Al fin vimos alegres la llegada de la matutina Aurora, y á su débil claridad nos apresuramos á colocar nuestra nave en sosegado abrigo, junto á una sagrada cueva donde se veían varias sedes para las ninfas del mar, que allí se entregaban á sus festivas danzas. Reuno allí á mis compañeros y otra vez les exhorto con estas palabras:

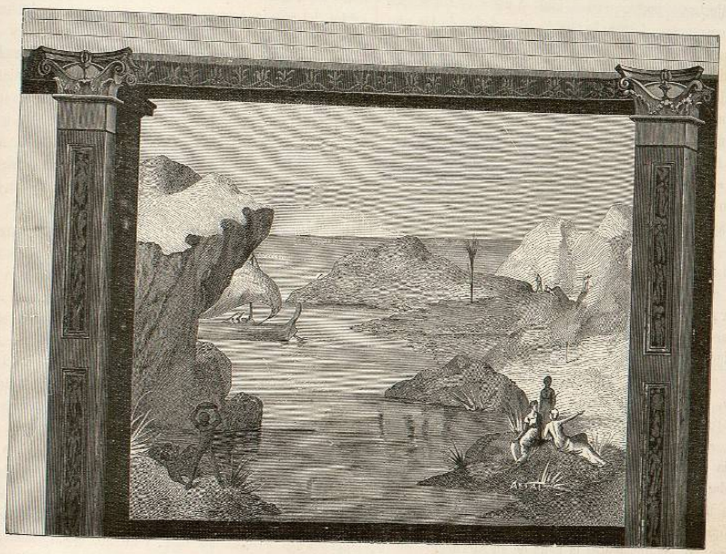

Fig. 683.—Cuadro de los paisajes de la *Odisea*. (Museo del Vaticano).

»—Ya lo veis, amigos, en nuestra nave reina la abundancia, y por lo mismo es razon respetar el ganado de esta isla; de no hacerlo, atraeríamos sobre nuestras cabezas grandes infortunios, pues es su dueño un dios formidable, Helios, ojos y oidos del universo mundo.

»Mi voz penetra hasta sus corazones y logra persuadirlos; pero los dias pasan y la tempestad no cesa; un mes duró, turbando los aires el ábrego ó el viento no ménos terrible que sopla del oriente. Miéntras tuvimos pan y vino, mis compañeros, temerosos de la muerte, observaron lo jurado, mas llegó el dia en que nos faltó todo. Entónces, miéntras mi gente, dispersada y entregada á la caza y á la pesca, hace presa en los moradores del aire y de las aguas y en cuanto cae en su poder, yo, lleno de zozobra y temor, penetré tierra adentro en la isla para invocar á los inmortales y saber si alguno de ellos se dignará acudir en mi auxilio, abriéndome el camino de la patria. Lejos de mis guerreros, en silencioso asilo resguardado de los vientos, lavo mis manos con agua pura é imploro en alta voz á cuantas deidades habitan el Olimpo. En el mismo instante (efecto fué sin duda de su benevolencia) sentí discurrir suavemente por mis párpados el grato desmayo del sueño.

»En este tiempo Euríloco reunió á mi gente, y les dijo:

»—Compañeros de fatigas y reveses, oidme. Siempre es la muerte odiosa para los míseros humanos, pero entre todas ninguna tan horrible como la del hambre. ¿Lucharémos por más tiempo contra su cruel azote? Ved esas hermosas novillas; acosémoslas hacia la playa, y sacrifiquémoslas en honor de los dioses. Si algun dia nos cabe la suerte de volver á nuestra patria Itaca, erigiré-

mos magnífico templo al dios que inflama los aires y lo enriquecerémos con pomposas ofrendas; pero si en venganza de la sangre de sus reses quiere que nuestra nave se pierda y si á su enojo se asocian los inmortales todos, preferible será espirar de una vez entre las olas á padecer mil muertes, consumidos lentamente por el hambre en esta desierta isla.

»Esto dijo Euriloco, y mis compañeros todos opinan como él. Sin pérdida de momento impelen hacia la orilla del mar á las más lozanas novillas, pues aquellas sagradas reses, de largas y lucientes astas, de ancha testuz y de majestuoso porte, pacían junto á nosotros sin recelo. Mis compañeros, formando círculo al rededor de las víctimas, imploran á los dioses; careciendo de cebada cogen las tiernas hojas de un roble, y degolladas aquéllas, presentan á la divinidad, segun nuestros ritos, la solemne ofrenda. Para rociarla suple el agua al vino, y consumida que es, comen todos parte de las entrañas, miéntras arriman á la llama la carne hecha tajadas.

»En aquel mismo instante huye de mis párpados el sueño que los cerraba, y me encamino apresurado hacia la playa; poco distaba de ella cuando llegó á mí el suave olor del sacrificio, y sobrecogido de espanto, elevé al cielo mi voz lastimera:

»—¡Oh Zeus, y vosotros todos dioses inmortales! para perderme, para dar espacio á mis desatentados compañeros de hacerse reos del terrible atentado me habeis enviado aquel funesto sueño.

»Ya la hermosa Lampecia, cubierta con rozagante velo, corre á anunciar á Helios el ultraje inferido á sus rebaños, y encendido en cólera al saberlo, exclama:

»—Insigne Zeus, y vosotros todos cuya eternidad nada limita, vengadme de los compañeros de Laertes. Audaces y temerarios, han derramado la sangre de mis novillas en las que fijaba cada mañana la vista complacido al trepar hacia la alta cima del brillante cielo. Caiga en los insolentes la pena de su sacrilegio; de nó, resuelto estoy á descender á la mansion de Hades, y mi luz no alumbrará sino á los muertos.

»—Continúa ¡oh Helios! dícele Zeus, alumbrando á los dioses del Olimpo y á los mortales diseminados en la tierra. No tardará el fuego abrasador del rayo en hacer volar en astillas en medio de horrenda tempestad el bajel de tus insultadores.

»Estas palabras de los dioses, dice Ulises, fuéronme referidas por Calipso, quien me dijo haberlas sabido por Hermes, intérprete de sus voluntades.

»Llegado á la playa dirigí á los mios reconvenciones tan severas como inútiles y tardías. Las novillas ya no existían. No tardaron los dioses en poner á la vista de todos funestos presagios: los despojos de las víctimas se arrastraron á los piés de sus sacrificadores; así las carnes asadas como las crudas prorumpieron en lúgubres mugidos, y mudos de terror, parecíanos oir la voz de las mismas becerras.

»A pesar de estos portentos mis infelices compañeros, despues de haber arrebatado y muerto lo mejor de los rebaños, se entregan por espacio de seis dias completos á los placeres de continuado festin. Á la séptima aurora aplacó Zeus de pronto el furor de los vientos, y aprovechando la tregua, nos embarcamos, izamos la vela, y nos lanzamos por el ancho mar.

»Cielo y agua era ya lo único que á nuestros ojos se ofrecía, cuando Zeus amontonó y detuvo sobre nuestras cabezas negra nube que oscurecía el mar; un instante despues de los confines de occidente llegó con horribles rugidos borrascoso torbellino. Rómpense los cables del palo, y éste cae; velas, entenas, todo desaparece. En su caida hiere en la cabeza al piloto que en la popa empuñaba el timon; con el cráneo roto se hunde rápido en el mar, y su alma vuela á la sombría mansion. Óyese en el propio momento horrendo trueno; el soberano del Olimpo fulmina un rayo contra nuestra nave, la que dá tres vueltas en vertiginoso remolino; inúndala un torrente de inflamado azufre, y todos mis compañeros caen precipitados al agua. Como aves marinas flotan en lo más alto de las encrespadas olas al rededor de la nave; pero ¡ay! que todos los caminos para regresar á la patria les han sido cerrados por Zeus. Solo, corría yo de un extremo á otro de la nave y me esforzaba en gobernarla, cuando con horrible estrépito arrancan las olas y se llevan sus costados, dejando únicamente la quilla, que se movía á merced de la tempestad. Un segundo golpe de mar rompió el palo; pero como unido á él flotaba un cable, atélo á la combatida quilla, y sentado en aquellos despojos abandonéme á la furia de los vientos y las olas.

»El torbellino venido de occidente se calma de repente; pero del mediodia sopla el ábrego, para mí aún más terrible, pues me empujaba otra vez hacia la fatal Caribdis. Durante toda la noche volé, más que corrí, por entre las agitadas olas, y al salir el sol víme entre la peña de Scila y el otro monstruo, en el momento en que enormes oleadas se abismaban en su boca devoradora. Entónces, con vigoroso salto, me lancé á los aires y me cogí á una rama de silvestre higuera; aferréme á ella con manos y rodillas, y así estuve, colgado cual ave nocturna, y sin poder apoyar los piés en parte alguna, suspirando por el momento en que el monstruo expeliese los restos de mi buque. Al fin, despues de largo esperar, quedó mi ansia satisfecha: en aquella hora en que el juez, despues de oir los acalorados debates de impetuosos litigantes, se levanta del tribunal para reanimar sus fuerzas con el necesario sustento, ví reaparecer aquellos restos en la boca del abismo. Suelto entónces la rama y resuena el mar al recibir mi cuerpo. Montado en el flotante palo y sirviéndome los brazos de remos, alejéme, y, gracias sean dadas al padre de los dioses y los hombres, Scila no me vió; á no ser así, era inevitable mi muerte.» (Homero).

Nueve dias pasó Ulises vagando á merced de los vientos y las olas. Llegada la décima noche fué arrojado por la tempestad á las costas de la isla Ortigia, donde reinaba la ninfa Calipso, cuya belleza y voz armoniosa eran el embeleso de los mortales. Á la mañana siguiente encontró la ninfa al pobre náufrago, desfallecido, casi exánime; sus solícitos cuidados le devolvieron la vida, y á poco, de él enamorada, quiso tomarlo por esposo, y apelando á todos los hechizos del amor, quiso detenerle en su encantadora isla.

En su favor aboga en el consejo de los inmortales Minerva, su constante valedora.

«—¡Oh hijo de Cronos, padre de los dioses, señor de los reyes! dijo; al considerar la suerte que ha cabido al prudente y valeroso Ulises siento el corazon traspasado de pena. ¡Desdichado! Punzantes dolores le torturan, cautivo como se halla en medio del vasto mar, léjos de sus amigos, en aquella isla á la que dan sombra espesos bosques y en la que habita una diosa, hija del sabio Atlas, cuyas penetrantes miradas sondean los abismos de los mares, sostenedor de las inmensas colunas en que se apoya la celeste bóveda. La ninfa retiene á su lado al príncipe infeliz, devorado noche y dia de acerbo dolor; en vano es que de continuo le dirija halagüeñas palabras, que le prodigue caricias para hacerle perder la memoria de su querida Itaca; para Ulises la mayor ventura sería poder ver, aunque de lejos, la humareda del patrio hogar, y luego recibiría gustoso la muerte. ¿Cómo es posible ¡oh señor! que tu corazon no se conmueva? Si aceptaste los sacrificios que el héroe te ofreció en las riberas de Troya, ¿por qué te muestras con él animado de constante enojo?

»—No creas, hija mia, contestó Júpiter, que pueda abrigar rencor alguno contra el grande Ulises; su sabiduría es muy superior á la de los otros mortales y su piedad le ha movido á ofrecer numerosas víctimas en los altares de los dioses todos. No, pero la deidad que envuelve y rodea á la tierra, el poderoso Neptuno, persiste en el inflexible encono que de él se apoderó cuando por el héroe fué privado de la vista su hijo Polifemo... Desde aquel instante funesto, ya que no haya podido arrebatar la vida al infeliz Ulises, aléjale de su patria; pero hora es de que pensemos en los medios de asegurar su regreso á la mansion de sus mayores. Neptuno habrá de poner freno á su cólera, y de permanecer implacable conocerá ser en vano querer luchar con la cohorte entera de los inmortales.

»—¡Oh padre mio! tú á quien el Olimpo entero venera, repuso la diosa, pues decidido está en la mansion afortunada de los dioses que el sabio Ulises vuelva á su patria, ordena á Mercurio, celestial heraldo, que descienda sin tardar á la isla de Ortigia y anuncie á la hermosa ninfa el irrevocable decreto de los moradores del cielo para que no retenga por más tiempo al héroe y consienta en que emprenda otra vez el camino de los patrios hogares. En tanto voy yo misma á Itaca á inflamar el valor de su hijo, á animar su corazon con nuevo brío á fin de que, convocando el jóven príncipe la asamblea del pueblo, cierre la entrada de su palacio á los numerosos y audaces amantes de su madre, que, haciendo correr incesantemente la sangre de sus ganados, pasan la vida en interminable festin. Enviarélo luego á Esparta y á Pilos para tomar nuevas de su padre querido; hora es ya de que su nombre llegue á ser conocido entre los hombres.»

Dicho esto, clava á sus piés las celestes y doradas alas que, más veloz que el viento, llévanla así por el imperio de las aguas como por el espacio inmenso de la tierra, y empuñando su pesada é invencible lanza desciende con rápido vuelo de las olímpicas alturas á la isla de Itaca. En figura de Mentes, rey de los Tafianos, se coloca en los umbrales del palacio de Ulises, y vé allí á los temerarios pretendientes de Penélope, los que, sentados en las pieles de las víctimas por ellos inmoladas en sus banquetes, distraen con el juego sus ocios. La tumultuosa muchedumbre de esclavos y heraldos iba y venía con solícito andar: vertían unos el vino en las urnas y lo templaban con el agua de las claras fuentes; limpiaban otros las mesas con la esponja suave y porosa ó trinchaban y servían los manjares. Entre aquellos príncipes estaba sentado Telémaco, hermoso como un dios; con el corazon desgarrado por negros pesares veía siempre delante de sus ojos la imágen de su padre, y suspirando soñaba en el venturoso dia en que, procedente de remotas playas, se presentase el héroe á purgar su palacio de la odiosa turba, y cubierto de gloria volviese á ocupar el supremo rango. Aunque absorto en tales pensamientos, fué el primero en ver á la diosa, y corriendo hacia ella, disgustado de que un extranjero hubiese debido aguardar en la puerta de su morada, le estrechó la mano y la libró del peso de la lanza.

«—Salve ¡oh extranjero! le dijo; entra y goza de honroso y amigable recibimiento. Luego que el descanso y los manjares hayan reparado tus fuerzas, nos manifestarás el objeto que aquí te conduce.»

Y diciendo esto, precediendo á la diosa, guióla á la sala, donde arrimó la lanza á elevada coluna; allí se veían alineados los numerosos venablos del magnánimo Ulises. Sentada Palas en magnífico trono, colocóse Telémaco á su lado, apartado de los pretendientes de su madre, á fin de que la comida del extranjero no fuese turbada por la ruidosa conversacion de aquellos hombres soberbios, y tambien con objeto de interrogarle en libertad acerca de la suerte de su padre.

Un esclavo les da aguamanos y pone delante de ellos lisa y reluciente mesa; una mujer venerable por sus años preséntales pan en abundancia, al tiempo que uno de los principales servidores recibe las fuentes llenas de variados manjares y las coloca en la mesa junto con dos copas de oro, que cuida un heraldo de llenar de vino.

Tambien entraron á poco en turbulento grupo los pretendientes de Penélope, y en un momento ocuparon las sillas ordenadamente dispuestas á lo largo de la sala. El festin comienza, y luego que han saciado su apetito, entréganse al canto y á la danza. Un heraldo pone una lira en manos de Femio, distinguido seguidor de Apolo, y despues de recorrerla con ligeros dedos sacando de ella agradables acentos, comienza á entonar melodiosos cantos.

Pero Telémaco, arrimando sus labios al oido de Minerva para que su voz no llegase al de los comensales, le dijo:

«—¿Puedo, querido extranjero, abrirte mi corazon sin ofenderte?... La lira y el canto, esta es toda la ocupacion de esa turba, y ¿por qué extrañarlo? Están consumiendo impunemente el patrimonio de un héroe cuyos blancos huesos quizas se corrompen, expuestos á las aguas del cielo, en alguna tierra ignorada, ó son llevados de uno á otro lado por las olas del mar. Si volviese á Itaca, más que atavíos de oro y ostentosa vestimenta, preferirían todos ser en la carrera ligeros. ¡Pero nó! Víctima de cruel destino, habrá ya muerto, y no queda ya esperanza en nuestros corazones. Paréceme que áun cuando un mortal me anunciase su regreso, habría de tenerlo por imposible, seguro de que no ha de lucir para mí tan afortunado dia. Pero habla y díme en verdad quién eres; sepa yo cuál es el país donde has nacido y aquél en donde moras, la nave que te ha traido á Itaca, y qué marinos han venido contigo, pues sin tal auxilio no puede llegarse á estas riberas cercadas por el mar. ¿Vienes por primera vez á esta isla, ó ya te unen á mi padre antiguos lazos de hospitalidad? Su casa estuvo siempre abierta para los extranjeros, y era Ulises muy hábil en cautivar voluntades.

»—Tus deseos van á quedar plenamente satisfechos, contestó Minerva. Mentes es mi nombre y fué mi padre Anquiale, ilustre por su valor. Rey soy de Tafianos, diestros remeros, y en una de mis naves atravieso el negro mar y me dirijo á Temeso para trocar hierro por cobre. Mi bajel, lejos de la ciudad, á la sombra de las arboledas del monte Neo, me aguarda en el puerto de Retra. Lazos de antigua amistad me unen con tu familia, y de ello no podrás dudar interrogando al anciano Laertes, de quien me han dicho que no viene ya á la ciudad, sino que lleva en el campo solitaria existencia, sin más compañía que la de una vieja esclava que le presenta el sustento necesario para reparar sus agotadas fuerzas, cuando regresa por la tarde de sus fértiles viñedos. Al llegar creía encontrar aquí á tu padre, pero veo que continúan los dioses extraviándole en su camino. No, el grande Ulises no ha muerto; lleno estará de vida, y le retendrán á pesar suyo hombres bárbaros en alguna isla en medio del mar. Óyeme; no soy adivino ni interpreto el vuelo de las aves, órgano sí de los dioses, espero que mis palabras han de recibir entero cumplimiento. No estará el héroe mucho tiempo apartado de su patria; áun cuando le sujetasen férreas cadenas, tan infinitos son los recursos de su ingenio, que triunfará, no cabe dudarlo, de los obstáculos todos. Pero á tu vez, díme, ¿es cierto que veo en tí al noble hijo de Ulises? Tus facciones, el fuego de tus ojos, son perfecta imágen suya. Ántes que marchase á Troya con los valerosos príncipes de Grecia, estuvimos varias veces sentados uno al lado de otro, así como ahora lo estamos tú y yo: desde aquel tiempo no había vuelto á su palacio.

»—Extranjero, repuso Telémaco, mi madre, la casta Penélope, atestigua que soy hijo de aquel héroe, y ningun testimonio como el suyo, pues imposible nos es conocer por nosotros mismos los autores de nuestro sér. ¡Ah! ¿por qué no habré debido la vida á un hombre afortunado á quien alcanzase la ancianidad en el sosegado seno de su familia, en vez de ser hijo como soy del más infeliz de los mortales?

»—Al dar á Penélope un hijo como tú, no han querido los dioses que tu nombre se transmitiera sin gloria á la posteridad. Pero díme, ¿qué objeto tiene ese festin y esa numerosa reunion? ¿Celebran una fiesta ó un himeneo, pues bien conozco no ser un banquete sufragado por varios amigos en comun? ¿Cómo es posible que en tu propia casa se entreguen á tales excesos y á tanta insolencia? Espectador pasivo soy, y sin embargo, me siento irritado por tales desmanes.

»—Pues tomas tan gran parte en nuestras penas ¡oh extranjero! dijo Telémaco, sabe que jamas, miéntras se halló mi padre entre nosotros, pudo nadie creer en la próxima extincion de la gloria y de las riquezas de su casa; pero los dioses han encaminado las cosas de otro modo, desde el momento en que perseguidores suyos han querido que acabara con oscura muerte. Á haber caido delante de Troya, en medio de los héroes que eran sus compañeros, ó si, realizada la ilustre conquista, hubiese exhalado en nuestros brazos el postrer suspiro, paréceme que le lloraría ménos; la Grecia le habría erigido magnífico sepulcro, y su hijo, entre nuestros descendientes, participaría de su gloria inmortal. En vez de esto, arrancado por las Arpías ignominiosamente de la tierra, ha desaparecido sin que nadie le haya visto, sin que haya llegado á oido alguno el sonido de su voz, dejándome no más que afliccion y luto. Y no es su muerte la única causa de mi llanto, pues otras desgracias me han reservado los dioses: todos los príncipes de las islas de Duliquio y Same, de la verde Zacinto y cuantos moran en las rocas de Itaca, solicitan la mano de mi madre, ó por mejor decir, conspiran por nuestra ruina. Penélope no puede decidirse á enojarlos, negándose á su pretension, ni á consentir en un himeneo que detesta, y en tanto derrochan en festines nuestro patrimonio, y á no tardar me precipitarán al abismo de la miseria.

»La diosa, fijando en él una mirada en que á la compasion iba unida la cólera, le dijo:

»—¡Ah! ahora comprendo cuánto has de desear el regreso del héroe, cuyo brazo anonadaría á esos insolentes. Quien pudiese verle ahora mismo en el umbral del palacio, con el yelmo en la cabeza, en el brazo el escudo y dos venablos en la diestra, tal como por primera vez se ofreció á mis ojos en nuestra morada, donde, procedente de Efiro, tomó parte en nuestros alegres festines. Atravesando el mar había ido á pedir á Ilo, hijo de Mermero, el secreto de mortal veneno para mojar sus temidas flechas, secreto que Ilo, temeroso de los dioses, se negó á comunicarle, y que por mi padre, tan grande era la estimacion que le tenía, le fué confiado. Si en aquella forma se ofreciese ahora Ulises á la vista de esos temerarios descenderían en un instante al sepulcro, y el himeneo, objeto de sus deseos, se trocaría en funerario duelo. Sin embargo, sólo á los dioses que tienen nuestros destinos en la mano toca decidir quién en este palacio ejercerá su venganza; á tí toca únicamente pensar en los medios de expulsar de su recinto á esa odiosa turba. Oye, pues, con atencion los consejos que voy á darte. Mañana á la salida del sol, convoca á los príncipes y al pueblo, y tomando con resolucion la palabra en la asamblea, conjura en nombre de los inmortales á esos soberbios para que se retiren y vuelvan á sus casas, pues áun en el caso de querer tu madre formar los lazos de un segundo himeneo, es justo que se dirija á la mansion de su padre, poderoso monarca que dispondrá la fiesta y que al entregarla al esposo le dará ademas los tesoros inseparables de tan querida hija. Otro prudente consejo te daré por si te muestras dócil á mi voz. Arma una nave de veinte remeros, y corre á adquirir nuevas de un padre há tanto tiempo esperado. Quizas te proporcionen los hombres algun destello de luz; quizas te diga algo la fama, voz de Zeus, que va difundiendo por la tierra, el nombre de los mortales. Dirígete ante todo á Pilos, é interroga al sabio Nestor; de allí vuela á Esparta y visita á Menelao, que ha sido entre cuantos Griegos vistieron la bélica armadura, el último llegado. Si sabes que tu padre vive y que está disponiendo su regreso, esto te dará fuerzas para soportar, aunque sea por espacio de un año más, el yugo que te oprime; si ha muerto, volverás á tu querida isla para erigir á su sombra un monumento. Tribútale con solemne pompa cuantos honores á sus cenizas son debidos, y da á tu madre un esposo. Pero así que hayas cumplido estos sagrados deberes has de consagrar cuantos esfuerzos en tí caben á destruir por astucia ó por fuerza á los enemigos que este palacio asedian. No te hallas ya en la edad de los infantiles juegos; has salido de la infancia ¡oh Telémaco! ¿Hasta tí no ha llegado la inmarcesible gloria de que se cubrió Orestes inmolando al pérfido Egisto, al impío asesino que le privó del más ilustre de los padres? Elevada es tu estatura, bellas y distinguidas tus facciones, y si como gallardo eres intrépido no pasará tu nombre desapercibido para las generaciones futuras. Pero ya es tiempo de que me dirija á mi nave, donde mis compañeros se impacientan quizas por mi tardanza. Queden estas palabras mias profundamente grabadas en tu mente.

»—En tus consejos veo ¡oh extranjero! el puro celo de la amistad, dijo Telémaco; no de otro modo habla un padre á su hijo, y jamas tus palabras se borrarán de mi memoria. Pero no te marches aún, quédate algunos momentos más para refrescar tu cuerpo con el baño y gozar del deleite del descanso. Luego podrás encaminarte á la nave, habiendo recibido de mí, como entre amigos es costumbre, escogido y precioso presente que será en tu morada monumento de nuestra amistad.

»—No me detengas más, dijo la diosa, pues me llama asunto que más demora no admite. Cuando vuelva podrás ofrecerme el presente que el sensible corazon te dicte, y en justa recompensa recibirás otro de mí que no le cederá en valor.»

Al decir esto Palas se aleja y desaparece con la velocidad del águila; pero ya Telémaco siente lleno el pecho de más noble audacia, así como se despierta en él más vivo el recuerdo de su padre. Poseido de asombro y admiracion entrégase á sus pensamientos y conoce que es su huésped una divinidad.

Con majestuoso ademan, semejante á un dios, adelantóse hacia los amantes de su madre, cuando Femio embelesaba con su canto á los silenciosos comensales. Cantaba el poeta los infortunios con que Minerva persiguió á los Griegos á su regreso de Troya, y desde su estancia oyó la hija de Icario, la prudente Penélope, los tristes acentos del cantor divino. Seguida por dos camareras bajó los numerosos escalones que del piso bajo conducían á su habitacion, y detúvose en el umbral de la soberbia sala. Desde allí, cubierta con un velo que sombreaba suavemente su semblante, colocada entre aquellas dos virtuosas mujeres, dirigióse al cantor y derramando lágrimas le dijo:

»—Infinitas son ¡oh Femio! las portentosas proezas así de los dioses como de los mortales que pueden ser celebradas por los hijos de las Musas; escoge cualquiera de ellas para cautivar la atencion de esos guerreros miéntras apuran las copas en silencio, y suspende este lúgubre canto. Cada una de sus palabras lleva la desesperacion á mi pecho dolorido, y hace más amarga la pena que siento por un esposo gloria de Grecia, cuyo regreso aguardo há tanto tiempo y cuya imágen está presente á mis ojos noche y dia.

»—Madre, dijo el prudente Telémaco, no debes de enojarte contra el amable hijo de las Musas por los embelesadores acentos que salen de sus labios. No son los divinos cantores causa de tus infortunios, sino Zeus que á su voluntad reparte bienes y males entre los miserables humanos. Siempre son los cánticos más nuevos los que más cautivan, y por lo mismo no merece Femio reconvenciones por haber cantado las desgracias de los Griegos. No ha sido Ulises, entre los muchos capitanes

que se dirigieron á las riberas troyanas, el único destinado á no volver á la patria: ¡cuántos ilustres guerreros encontraron allí la sepultura! Vuelve pues ¡oh madre! á tu estancia y á tus queridas labores, dirigiendo las industriosas manos de tus camareras. Hablar en las asambleas es propio de los hombres, y en este palacio á mí me toca.»

Retiróse en efecto Penélope, satisfecha por la entereza que mostraba su hijo, y miéntras en su aposento consagraba nuevo llanto á la memoria del amado esposo, sus amantes en el salon hacían resonar el palacio con estrepitoso tumulto. El amor y la codicia abrasaban su corazon, y sin freno alguno daban suelta á sus ardientes deseos, tanto que Telémaco hubo de contenerlos con estas palabras:

»—Vosotros que pretendeis la mano de mi madre, vosotros cuya audacia no conoce límites, permaneced sosegados cuando ménos en este momento y entregaos á los placeres del festin sin turbarlo con destempladas voces; más decente y deleitoso que vuestras contiendas y gritos es prestar oido á los cantos de un hijo de las Musas. Mañana reunidos en la plaza pública en numerosa asamblea, os intimaré abiertamente que salgais de este palacio; celebrad en otra parte vuestros contínuos banquetes y consumid, si así os place, vuestro propio patrimonio. Si pensando que no habeis de hallar aquí quien os castigue teneis por más cómodo y ménos dispendioso conspirar vilmente por la ruina de una sola casa, seguid como hasta ahora; mis preces se elevarán hasta los dioses inmortales para que, si el castigo ha de corresponder al delito, os sepulte á todos entre los escombros de este palacio, sin que quede de vosotros quien lo cuente.

»Sorprendidos los príncipes al ver tanto valor en el tierno mancebo muérdense los labios en silencio, hasta que Antinoo, hijo de Eupites, le dijo:

»—Los dioses mismos sin duda ¡oh Telémaco! te han enseñado á hablar con tal serenidad y audacia. No permita Zeus, que, á pesar de los derechos de tu cuna, llegues jamas á reinar en la isla de Itaca.

»—De manos de Zeus recibiré el cetro, repuso Telémaco, si esta es su voluntad. ¿Piensas acaso que sea la realeza un don despreciable? Bello es reinar; bienes y honores rodean al rey, y su persona es sagrada. Entre los jóvenes y los ancianos de Itaca varios son los que, tanto como yo, pueden aspirar al rango supremo; si el magnánimo Ulises no existe, sea al mismo elevado cualquiera de ellos; no será mi voz la que se queje; pero sabed que siempre y en todo caso, rey en mi propia casa, entiendo gobernar y regir yo solo los bienes y esclavos que de aquel héroe habré heredado.

»—El cetro de la isla, dijo Eurímaco, hijo de Polibio, está en manos de los dioses, pero nadie ha de impedirte que reines en tu casa ni que trates de conservar tus bienes.»

Los cantos, los bailes y el alegre estruendo volvieron á animar la fiesta, y la noche, con sus negras sombras, halló aún á los pretendientes de la hermosa reina entregados á los placeres de la mesa. Al fin se encaminaron cada uno á su palacio para gozar de los del sueño, y lo mismo hizo Telémaco, precedido por la anciana nodriza de Ulises, la prudente Euriclea, hija de Ops, que en la flor de la edad comprara Laertes por el precio de veinte novillas. Ninguna de las sirvientes del palacio, dice Homero, tenía por Telémaco tanto celo y amor como ella, como que le había criado desde su más tierna infancia.

»Apénas la matutina Aurora de rosados dedos, continúa el poeta, hubo abierto las puertas del dia, cuando el hijo de Ulises deja el lecho; viste hermosa túnica; en sus piés brillan magníficos borceguíes, y cruza su pecho rico tahalí del que pende reluciente espada. Sale del palacio semejante á un dios, y manda á los heraldos alzar la voz sonora y convocar á los ciudadanos.

»Reúnense en gran número transcurridos pocos instantes, y dirígese Telémaco á la plaza pública; lleva en la diestra dos venablos, y síguenle dos perros predilectos. Por influjo de Minerva respira toda su persona divino atractivo; la muchedumbre embelesada no puede apartar sus ojos del apuesto príncipe, el cual va á sentarse en el trono de su padre, que con respeto los ancianos le han cedido.

»Uno de los principales de la asamblea, el héroe Egipcio, fué el primero en levantarse. Cargado de años había adquirido dilatada experiencia. Un hijo por nombre Antifes, al que amaba con toda su alma, se había embarcado en la misma nave que llevó á Ulises á los campos de Troya, y compañero de su rey en la caverna del Cíclope, fué el último devorado por el horrible monstruo. Tres hijos quedaban todavía á aquel padre sin ventura: Eurinomio, así se llamaba uno de ellos, se contaba entre los pretendientes de Penélope; los otros dos cultivaban los paternos campos. Esto no obstante no cesaba el anciano de llorar al ausente, y con los ojos arrasados en lágrimas, dijo:

»—Ciudadanos de Itaca, si desde que dejó estas playas el dios Ulises no ha habido aquí consejo ni deliberacion ¿quién nos ha convocado hoy? ¿es un jóven ó un anciano? ¿qué causa le ha inducido á semejante paso? ¿ha recibido aviso del regreso del ejército y sabedor de tan grata noticia arde en deseos de publicarlo? ¿ha formado acaso un proyecto interesante para la salud del pueblo? sea cual fuere el fin que se proponga, digno me parece de alcanzar nuestro apoyo.

»Aún estaba hablando, y el jóven príncipe, halagado por aquellas palabras que considera como feliz presagio, se dispone á romper el silencio poniéndose en pié en medio de la numerosa asamblea. El heraldo Pisenor le entrega el cetro, y dirigiéndose al anciano, dice:

»—Muy cerca tienes al hombre á quien aludes; yo he sido quien ha convocado al pueblo. Y no para anunciar la vuelta de la hueste, ni para comunicaros plan alguno que toque al bienestar de los ciudadanos; sólo de mí he de hablaros, de mí, el más desgraciado de cuantos me escuchan, y de la gran desgracia ¡qué digo gran desgracia! de la doble desgracia que sobre mí ha caido. En primer lugar he perdido á mi buen padre, en otro tiempo vuestro rey, que fué tambien para todos vosotros tierno padre, y á esta pérdida agrégase otra calamidad no ménos terrible, en cuanto ha de ser para mi casa orígen de próxima y total ruina. Unos hombres audaces, hijos de nuestros magnates más poderosos, han invadido mi palacio y se obstinan en pretender la mano de mi madre contra la expresa voluntad de ésta; sin atreverse á pedirla á su padre Icario quien daría su hija y la dote que habría de acompañarla á aquel que más digno le pareciese, se han instalado en mi morada, inmolan para sus festines mis ovejas, mis cabras, mis becerras; el vino corre entre ellos á raudales; todos mis bienes son pasto de la rapiña y licencia, sin que haya un héroe como Ulises que libre mi palacio del asolador azote. Yo ¡ay de mí! no llego á tanto; jóven aún no me he ejercitado en bélicos combates; si al ardor correspondiese en mí la fuerza yo mismo refrenaría su audacia, pero ya que esto no sea, sed vosotros los que indignados vengais en mi ayuda. Temed á los dioses ¡oh ciudadanos! temed que caiga al fin sobre vuestras cabezas el castigo de tales infamias. En nombre de Júpiter, señor de los olímpicos moradores, en nombre de Témis que preside las asambleas de los pueblos, cesad ¡oh amigos! de estar unidos con mis opresores; el duelo en que me abisma una pérdida cruel basta para anonadarme. ¿Acaso mi padre Ulises se ha hecho reo de alguna injusticia para con los Griegos? ¿Me abandonaréis, para castigarme de ella, al odio de esos hombres violentos y os complaceréis ademas en atizarlo? Si es así sed vosotros más bien vuestros propios vengadores. Tomad mis bienes, los productos de mis campos; despojadme de mi herencia; sujeto á tal desgracia no se extinguiría del todo la esperanza en mi corazon, pues perseguidos de contínuo por mis frecuentes súplicas, quizás la vergüenza y el remordimiento os inducirían á restablecerme en mis derechos. Pero ahora, ciudadanos, desgarran mi pecho mortales heridas y no me es dable siquiera esperar alivio.

»Y esto diciendo, arroja el cetro prorumpiendo en llanto. El pueblo siéntese poseido de compasion; los pretendientes de Penélope permanecen mudos y las palabras injuriosas que meditan espiran en sus labios.

»Antinoo, más animoso que los otros, fué el único que se atrevió á contestarle:

»—Telémaco, soberbio hablador á quien la cólera ciega, le dijo, ¿por qué has querido cubrirnos de tan inmerecido oprobio? No acuses á los pretendientes de tus desgracias; tu madre es la única culpable por su conducta artificiosa. Tres años han transcurrido y va á concluir el cuarto desde que ha tomado por juguete á los personajes más ilustres de Grecia; á todos nos da esperanzas; sus mensajeros trasladan á cada uno de nosotros lisonjeras promesas; pero su corazon no está de acuerdo con lo que expresan sus labios. A otro ardid ha recurrido: habiendo comenzado á bordar una tela de gran extension y de finísimo tejido, nos ha dicho:—Jóvenes que solicitais mi mano, aunque el gran Ulises ya no existe, importa que reprimais vuestro impaciente ardor hasta que haya concluido la labor á que consagro todo mi tiempo, labor que consiste en el fúnebre vestido que ha de amortajar á un héroe, al anciano Laertes, cuando la Parca fatal le habrá sumido en el profundo sueño de la muerte. ¡Qué de reconvenciones no caerían sobre mí por parte de las matronas griegas si aquel rey, que se vió rodeado en otro tiempo de gran opulencia, durmiese en el sepulcro sin haberle labrado mi mano la mortaja!—Esto dijo Penélope, y sin esfuerzo penetró la persuasion en nuestra alma generosa. Pero sucedió que, ocupando el dia en bordar el ancho velo, empleaba la noche en deshacer á la luz de la lámpara la labor del dia, y así, por espacio de tres años, eludió nuestros ruegos y supo engañar á los Griegos. Ha llegado, sin embargo, traido por las horas, el año cuarto; una de sus criadas, enterada del caso, nos descubrió la trama, y sorprendida, en efecto, en el acto de romper lo bordado, háse vista obligada, á pesar de su repugnancia, á concluir la obra. En vista de esto, voy á decirte ¡oh Telémaco! la decision adoptada por los príncipes, para que llegue á conocimiento de la Grecia entera. Dí á tu madre que dejando su palacio, siga en la eleccion de esposo los sentimientos de su corazon y la voluntad de su padre; díle que cese en su falaz conducta con preclaros hijos de Grecia. Admiramos, es cierto, su talento, su inteligencia y hasta sus estratagemas, dones de que Atena fué con ella pródiga, elevándola sobre cuantas mujeres han sido por su belleza ornamento de esta tierra; nó, ni Alcmena, ni Tiro, ni la famosa Micenas habrían podido disputar á Penélope el premio del ingenio y de la astucia; pero de estas cualidades hace un uso para ella misma fatal, ya que en tanto alimente los sentimientos que para perderla puso un dios en su corazon, consumirémos nosotros tus bienes. Posible es que con ello toque Penélope al pináculo de la gloria, mas para tí acabarán los goces de la abundancia. Tenlo por seguro: no hemos de abandonar los umbrales de tu casa ni volver al cuidado de las nuestras hasta haber oido de los labios de tu madre el nombre de su esposo.

»—Antinoo, repuso el prudente Telémaco; no pienses que pueda yo expulsar de mi casa á la que me dió vida y me crió. Mi padre ha desaparecido, y nadie sabe si ha muerto ó si respira todavía en remotas tierras, y áun sin eso, no me hallo en estado, alejando de aquí á mi madre, de devolver á Icario la rica dote de su hija. Al castigo que me impondría Ulises, si alguna vez reapa-

reciese, uniríase el de los dioses, pues mi madre, al pasar el umbral de mi palacio, invocaría las terribles Euménides y me vería yo execrado por el mundo entero. Nó, jamas saldrá de mis labios tal palabra; y si nuestros sentimientos y nuestra conducta os irritan, ¿qué mejor que dejar nuestra morada é ir á disfrutar á otros sitios el goce de los banquetes? Festejándoos alternativamente unos á otros disipad vuestros patrimonios, no me opongo; pero de juzgar más fácil y ventajoso consumir los bienes de una familia sin defensa, continuad como hasta aquí. Mi voz ascenderá á la region de los dioses inmortales, y correspondiendo su castigo al delito, ellos harán que perezca en mi misma casa, sin hallar vengadores, vuestro linaje entero.

»Así habla Telémaco, y dos águilas, enviadas por el dios del trueno, lánzanse al espacio desde la cima de elevado monte. Una al lado de otra hienden el aire con la impetuosidad del viento; pero llegadas que son sobre la asamblea (presagio mortal) sacuden sus alas, trazando anchos círculos en el espacio inmenso de los cielos; fijan sus miradas en la muchedumbre reunida, rásganse con las garras cuello y cabeza, y tomando el vuelo hacia la derecha de la ciudad, desaparecen. Aterrada por el presagio, la asamblea quedó muda de terror pensando en los infortunios que lo por venir guardaba.

»Entónces un varon venerable encanecido por los años, Halitersio, hijo de Mastor, se levanta. Entre los más experimentados augures ninguno le igualaba en el arte de interpretar por el vuelo de los aéreos moradores los arcanos del destino.

»—Ciudadanos de Itaca, dijo, y vosotros sobre todo, amantes de Penélope, estad atentos á mi voz. Terrible desgracia va á caer sobre nuestras cabezas. Ulises no tardará en reunirse con los suyos; ya se acerca meditando la matanza de sus enemigos todos. Entre nosotros, habitantes dentro de los famosos muros de Itaca, ¡á cuántos alcanzará su cólera! Antes que esto suceda, apresurémonos, pues, á reprimir la licencia de esos magnates, ya que ellos mismos por su bien no lo hagan. Os hablo, no como hombre inexperto y novicio, sino como augur consumado en su arte. De este modo quedará cumplido lo que predije al héroe el dia aquel en que los Griegos se embarcaron para las riberas de Ilion; vaticinéle que habría de experimentar larga cadena de infortunios, que perdería hasta el último de sus compañeros, pero que transcurridos veinte años volvería á sus lares solo y desconocido. Estamos tocando ¡oh ciudadanos! al cabal cumplimiento del oráculo.

»—Anciano, repuso Eurímaco, en buen hora que allá en tu casa profetices lo que te parezca para librar á tus hijos de los contratiempos con que los amenace el tiempo futuro. Por lo que á nosotros toca creo que tu oráculo va á quedar anonadado por el mio. Ulises, no lo dudeis, ha muerto en remotas regiones, y ojalá hubieses tú sido precipitado con él al abismo. No nos fatigarías con eternos vaticinios y no fomentarías la cólera tan vehemente ya de Telémaco, guiado por la esperanza de alcanzar de él un regalo. Pero yo te juro, y mi palabra no será en esto vana, que si empleas la experiencia y los artificios de la vejez en seducir á ese jóven, si con tus palabras le haces más soberbio é intratable, apresurarás su perdicion, y para ti alcanzarás la imposicion de crecida multa, pena que llevaría á tu corazon tormento é ira. Telémaco sólo á mis consejos debe de prestar crédito, y segun ellos, lograr que vuelva Penélope á la casa paterna, que una vez allí se disponga su himeneo, y que con la dote de que es merecedora tan excelente hija, se ponga en camino para la casa de su nuevo esposo. Si así no lo hace, dudo que los príncipes renuncien á su pretension, por más que haya sido inútil hasta ahora. Sabe, pues, que nadie puede inspirarnos temor, ni los discursos del airado Telémaco, ni el vano presagio salido de tus labios. No se interrumpirán nuestros festines y el órden y el sosiego estarán desterrados de la morada de Ulises, miéntras se obstine la reina en rechazar nuestra demanda; en justo homenaje á su virtud nos disputarémos su mano como raro premio, y con la esperanza de alcanzarlo dejarémos pasar los dias sin pensar en otros himeneos.

»—Eurímaco, y vosotros todos, ilustres rivales, dijo Telémaco, ya basta; acerca de ese asunto no os dirigiré más ruegos ni nuevas palabras, conocida como es ya mi causa por los dioses y los hombres. Sólo os pido una nave y veinte remeros que me abran camino por el mar; quiero ir á Pilos y á Esparta en busca de noticias de un padre que para siempre he perdido. Preguntaré á los hombres, prestaré oido á la Fama, voz de Zeus, que difunde á lo lejos el nombre y la gloria de los mortales. Si mi padre existe, sabré arrostrar y hacer frente á todos, aunque sea durante un año entero; pero si ha muerto, si es ya inútil buscarle en la tierra, volveré á mi patria para erigirle un sepulcro, aprontaré las ofrendas que habrán de acompañar la pompa de sus funerales, y de mi mano recibirá mi madre un nuevo esposo.

»El antiguo amigo del prudente rey de Itaca, el sabio Mentor se levanta. Al partir habíale Ulises recomendo cuanto le era más caro, en especial su amado padre; confióle ademas el cuidado de su casa, persuadido de que había de estar bien gobernada bajo su fiel custodia.

»—Moradores de Itaca, dijo, de hoy más los reyes que empuñan el cetro no han de ser justos, humanos ni generosos; muéstrense, por el contrario, duros, inflexibles, tiranos, ya que en la nacion gobernada por Ulises y por él tratada como hiciera el padre más tierno, no se encuentra un solo ciudadano que conserve ni memoria del ilustre héroe. No me irrita ver á los soberbios rivales arrastrados á mil excesos por su ciega pasion; con ello, al devastar el patrimonio de un rey, confiados en que su ausencia ha de durar eternamente, expónense á muerte cruel; mi indignacion mayor es contra vosotros ¡oh ciudadanos! que lo contemplais en vil silencio, contra vosotros que, á pesar de vuestra muchedumbre, no os atreveis á reprimir, ni siquiera con vuestra voz, el brio de un reducido enjambre de perseguidores.

»—Temerario Mentor, viejo insensato, gritó Leocrites, hijo de Evenor, ¿qué estás diciendo de reprimir nuestro brío? Desafiamos al pueblo todo á que, armado y todo, se atreva á lanzarnos de ese palacio y á turbar nuestros festines. Si el rey de Itaca, el mismo Ulises, nos sorprendiese en ellos, ten por cierto que su esposa, que tanto implora de los dioses su regreso, lo lloraría con amargas lágrimas, pues, de atacarnos, hallaría aquí mismo la muerte. Locura es, pues, cuanto has dicho. Disuélvase ya la asamblea y vuelva cada uno á sus trabajos. Maliterso y Mentor, antiguos amigos de Ulises, dispondrán con gusto cuanto es necesario para la partida de su hijo; pero es mi opinion que sentado en las puertas de Itaca continuará aún por mucho tiempo interrogando á los viajeros, y que lo pensará más de una vez ántes de emprender tal viaje.

»Dijo, y disolvió la asamblea. Dispersóse el pueblo para volver cada uno á su morada, y los magnates se encaminaron al palacio de Ulises. Telémaco se dirigió solo á la orilla del mar, y allí, despues de lavar las manos en las espumosas olas, imploró á Minerva.

»—Óyeme ¡oh diosa! tú que te presentaste ayer en mi palacio. Me prescribiste atravesar el negro imperio del mar para inquirir el paradero de mi padre, cuya ausencia no puedo soportar por más tiempo. Pero ¿podré hacerlo por ventura? Ese pueblo, y más todavía, esos magnates, cuya audacia excede todos los límites, contrariarán mi empresa.

»Apénas hubo proferido estas palabras, cuando Minerva, semejante á Mentor por la estatura, la voz y el semblante, apareció junto al jóven príncipe, y le dijo:

»—Ya has salido de la infancia ¡oh Telémaco! y en adelante no debes de huir tanto de la imprudencia como de la timidez. Si la cabal sabiduría y la inquebrantable firmeza que manifestaba tu padre en todas sus acciones y palabras, tienen en tu alma, como es justo, profundas raíces, no será estéril tu designio, y partirás. Si, por el contrario, no merecieses ser hijo de Ulises y Penélope, entónces, sobrecogido de espanto, amedrentado por los obstáculos, renunciarás á una empresa erizada de peligros. Verdad es que raras veces son los hijos acabada imágen de sus progenitores; más bien que reproducir sus virtudes y darlas nuevo brillo, es lo más frecuente que los aventajen en perversidad. De tí, empero, puede decirse que la prudencia y el valor de Ulises palpitan en tu corazon; por lo mismo abriga firme esperanza de feliz suceso, desdeña los proyectos y las maquinaciones de tus enemigos, los cuales, tan insensatos como injustos, están léjos de sospechar el negro destino que los amenaza y que en un solo dia consumará su ruina. Así, pues, nada retarde tu partida; yo seré tu compañero, y en tanto que vuelves á tu morada y que sin temor haces tus preparativos á la vista de los pretendientes y llenas las urnas de vino y los odres del mejor trigo, reuniré algunos amigos que con gusto se asociarán á tus peligros. Muchas son las naves, tanto viejas como nuevas, que cercan nuestras costas; entre ellas escogeré la mejor, la equiparémos y la lanzarémos al mar.

»A la voz de la diosa siéntese Telémaco poseido de nuevo vigor, y con el corazon enardecido vuela á palacio. La soberbia turba de los rivales hallábase reunida en el pórtico; por sus órdenes eran desolladas varias ovejas, y en ardientes braseros humeaban bien cebados cerdos. Antinoo se adelantó sonriendo al encuentro de Telémaco, y estrechándole la mano, le dijo:

»—Ilustre orador, aunque fogoso en exceso, deja á un lado las altas acciones y las rimbombantes palabras; expulsa de tu pecho enojosos cuidados, y piensa únicamente, como hasta aquí, en acompañarnos en nuestros festines y en apurar tu copa. Si tal es tu deseo, nos ocuparémos en disponer todo lo necesario para tu partida, y tendrás una nave tripulada por leales compañeros que veloz te llevará á la divina Pilos, donde quizas indagues la suerte de tu eximio padre.

»—No esperéis, hombres impíos, contestó Telémaco, que tome parte en vuestros odiosos festines ni que, tranquilo espectador de vuestros goces, me entregue al descanso y al deleite. ¿No os basta aún ¡oh inícuos perseguidores de mi madre! con haber arrebatado la mayor parte de mis bienes? Si hasta hoy he sido niño, soy ya hombre; los discursos de los sabios son ya inteligibles para mí y puedo interrogarlos; en mi pecho siento que el valor crece cada dia, y ora en Pilos, ora en este mismo palacio he de procurar vuestra perdicion. Resuelto estoy á partir y no habrá obstáculo que de mi designio me aparte. En nave extranjera he de embarcarme, pues al paso que os enriqueceis con mis despojos, juzgais mejor para vosotros tenerme sin bajeles ni remeros.

»Y al decir esto arrancó su mano de entre las de Antinoo.

»En tanto era preparado el festin, no cesaban los magnates en sus burlas é injurias.

»—La cosa no puede ser más clara, decía uno de ellos. Telémaco ha formado contra nosotros proyectos de muerte, y devorado por tal afan, va en busca de auxiliares á la árida Pilos ó á Esparta. Quizas piense llegar hasta Efiro para adquirir letales ponzoñas, las que luego verterá con mano furtiva en nuestras copas, y seremos todos precipitados á los Infiernos.

»—¿Quién puede decirnos, añadía otro, si expuesto en frágil embarcacion y azotado por la tempestad, perecerá como Ulises lejos de su patria? En este caso